

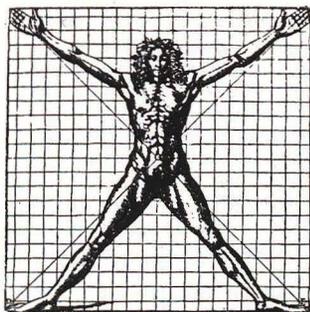


*El cuadro de "La rendición de Breda", por Diego Velázquez, siglo XVII, y un retrato del siglo XX.*

*En estas páginas aparecen de cuando en cuando reproducciones de obras artísticas—arquitectura, pintura o escultura—de poca calidad, y esto ha motivado quejas por parte de jóvenes arquitectos, que consideran se está haciendo desde esta revista "mala prensa" a las nuevas tendencias estéticas que ya están admitidas en todo el mundo.*

*No se trata por parte nuestra de oponernos, en modo alguno, a un movimiento artístico que, en sus fines, compartimos de todo corazón. Estimamos que las formas del pasado, que han llenado el mundo de bellísimos y difícilmente superables ejemplos, pertenecen precisamente al pasado, y a nosotros y a los que nos sigan nos cabe la difícilísima misión de crear unas formas nuevas: habida cuenta de la enorme responsabilidad que tenemos, es obligado que nos mantengamos alertas y exigentes con nuestras propias obras.*

*Las tonterías que se hicieron, por ejemplo, en la Edad de Piedra o en el siglo XIV, nos traen sin cuidado. Pero con las tonterías que se hagan ahora tenemos que andarnos con mucho ojo.*



## SESIONES DE CRITICA DE ARQUITECTURA

Queridos amigos: Se ha producido un pequeño bache en la organización de estas sesiones. Estaba pensado que la de diciembre la diera Fernando Chueca sobre *Rascacielos*, después de su experiencia norteamericana; la de enero, Francisco Mitjans sobre *Gaudí y la arquitectura actual*, y la de febrero, Ramón Aníbal Alvarez sobre *Enseñanza de la arquitectura*. A éstas debían seguir las restantes del curso, ya preparadas.

Pero estas tres que os cito no se pueden dar ahora por distintos motivos, y ocurría, por tanto, que las sesiones se iban a ver interrumpidas en este mes de diciembre. Una de las cosas más importantes, a mi juicio, en toda labor o tarea (ya os lo dije en una peripatética carta que os dirigí el año pasado) es la de la continuidad. Unas veces con mayor, y otras con menor fortuna, hasta ahora hemos conseguido cumplirlo así en estas sesiones de los dos años anteriores, y, por consiguiente, en todos debe estar el poner nuestro mayor empeño para que así sigamos.

Por lo que lleváis oído, comprenderéis que no he encontrado otra solución que la de encargarme yo de esta sesión. Con mucho sentimiento por mi parte, porque conozco mis limitaciones y sé que hoy no vamos a hacer mucho de provecho.

He escogido un tema como corresponde a la ocasión de las fiestas próximas de Navidad, que hacen que todos nos sintamos benevolentes: muy poco importante, muy de segundo orden. Voy a tratar de aquellos pequeños elementos que entran a formar parte del conjunto urbano nada más que como detalles en la calle; pero que, sin embargo, tienen suficiente significación para, si no están bien resueltos, afear lo que estaba bien o acabar de destruir lo que ya en su principio y fundamento salió mal.

A mí me parece, o, por mejor decir, les parece a muchos y a mí con ellos, que estamos pasando un mal momento en cuanto a la apreciación de las más elementales normas estéticas y ciudadanas.

Cuando se rindió la plaza de Breda, don Diego Velázquez deja constancia del memorable hecho en su célebre cuadro, recordado con otro motivo hace poco tiempo. ¡Qué finura revela la escena! ¡Cuánta cortesía y caballerosidad!

## COSAS DE LAS CALLES

Sesión correspondiente al mes de diciembre, celebrada en Madrid.

Ponente: Carlos de Miguel, arquitecto.

No resulta extraño, sino, al contrario, lo suyo, que a estas generaciones nuestras, tan desatentas y poco educadas, nos retraten, en justa compensación, en cuadros del porte de este que veis.

Ahora no se estila ser atento; han desaparecido los buenos modos, que se han intentado sucedanear en nuestras costumbres por ese idiota besa la mano, entre deportivo y chulángano, con que los caballeros saludan a las damas.

A tenor de toda esta manera de conducirse suelen ir ahora casi todas las cosas, en punto a calidades de decoro y dignidad. Y aun se cuidan algo más cuando los temas son muy importantes, porque cuando de los secundarios se trata, se menosprecian y descuidan de tal modo que sólo la costumbre hace posible, sin repugnancia, su diaria contemplación.

Cuenta un distinguido arquitecto inglés que estando una vez de visita en una ciudad de su país vió un garaje con una portada tan espantosa que le chocó. El amigo que le acompañaba, habituado ya a ella, como todos sus convecinos, le pidió su opinión. "Es algo tan malo, que no olvidaré este garaje en mi vida", dijo el arquitecto. Parece que cuando se enteró el propietario, exclamó: "¡Vaya, estupendo; eso es precisamente lo que yo quería!"

Esto es: que no sólo la fealdad y el mal gusto se admiten sin molestias, sino que hasta se saca, muy gustosamente, provecho de ellos.

Como estos y parecidos atentados urbanos se admiten ya por todos con la mayor tranquilidad e indiferencia, parece necesario hacer una llamada de atención en defensa del decoro de nuestras calles.

Es preciso crear un clima de buen gusto y de buena educación ciudadana, a través del cual nos hagamos a la idea de que esa educación exige que cedamos de nuestros derechos en tanto molestemos con ellos a los demás.

Si, por ejemplo, se construye un edificio para cinematógrafo, y el arquitecto hace una buena fachada, como es el caso concreto del Palacio de la Música, es de mala educación llegar después y tajarla con una decoración deleznable, como se hizo para la película *Lo*



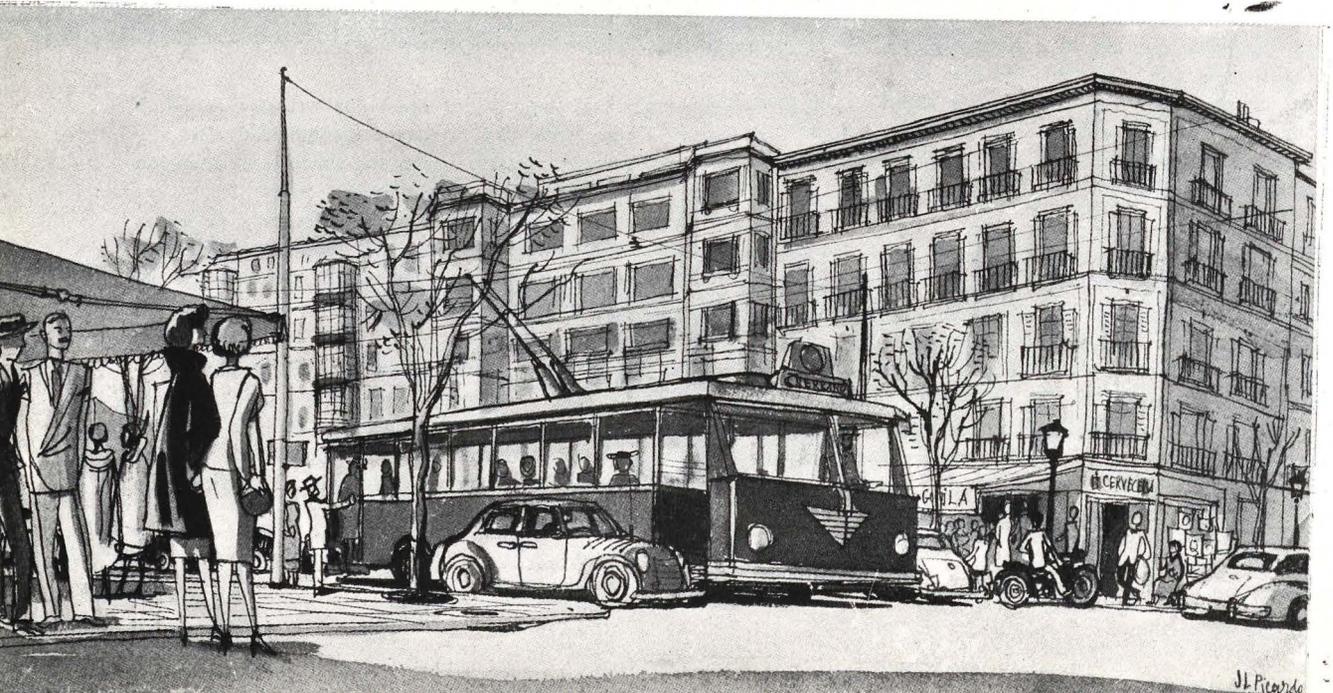
Se reproduce esta fotografía a buen tamaño por la importancia que, a nuestra opinión, tiene el asunto. Aparecen aquí el retrato de una reina, un fotógrafo y un visitante en calzoncillos negros. La escena, en Milán.

El mozo de la foto tiene el atrevimiento, aún más, no da importancia al hecho de presentarse a contemplar el retrato con esa pinta. ¡Señor nuestro, está usted delante de una pieza maestra, y lo menos que se le puede pedir es que se presente con un poco menos de desconsideración!

Al parecer, Goya fué un hombre más bien basto de maneras, y la reina María Luisa no era precisamente un dechado de perfecciones físicas. Y a pesar de estas iniciales premisas con que elegancia y señorío está inmortalizada la señora en este cuadro, y que tremendamente incorrecto resulta este espectador en su atuendo turístico tan en uso y costumbre en estos tiempos por todo el mundo.



La calle de Serrano, convertida en paseo de la juventud elegante madrileña. (Dibujos de J. L. Picardo.)



que el viento se llevó, por muy buena que ésta fuera. Aunque a mí, particularmente, me resultara pesadísima.

Es decir, la película o su distribuidor tienen, por pura y elemental cortesía ciudadana, que ceder en sus derechos a tapar una fachada, porque molestan al edificio.

Estas pequeñas cosas, expresión de la calle actual, están dándole carácter y ambiente.

Otra cosa que no puede pasarse por alto: el paseo de los jóvenes de ahora por la calle de Serrano. No se entiende. A cien metros, exactamente paralela a esta calle, está la mejor avenida de la ciudad: el paseo de la Castellana.

Como parece que hay que romper con los viejos modos, con la tradición; como hay que ser originales, se les ha ocurrido el pasear en esa calle, estupenda como tal, pero totalmente inaceptable como sitio de reunión.

José Luis Picardo, de quien es este dibujo que veis, ha contado, en la acera de los pares, entre las calles de Lista y de Hermosilla, que es por donde se pasea, las tiendas siguientes:

Cervecería, modas, ropa interior, tasca, ropa de señora, farmacia, juguetes, compraventa, relojería, perfumería, baratillo de juguetes, tienda de arte, medias, droguería, papelería, cafetería, ultramarinos, una calle transversal, ultramarinos, tahona, colchonería, verduras, modas, ultramarinos, huevería, carbonería, cacharrería, carnicería, telas, zapatería, ultramarinos, pastelería, bar, carnicería, otra calle, Banco, ultramarinos, salchichería, vaquería, frutería, huevería, estanco, pescadería, verdulería, mercería.

Pues bien: pegado a este heterogéneo comercio se ha establecido el paseo que comentamos. De joven, también de mayor, se dicen muchas tonterías. La inspiración que proporcionen esas tiendas a las conversaciones de los paseantes no contribuirá, a buen seguro, a que se entrecrucen finos madrigales.

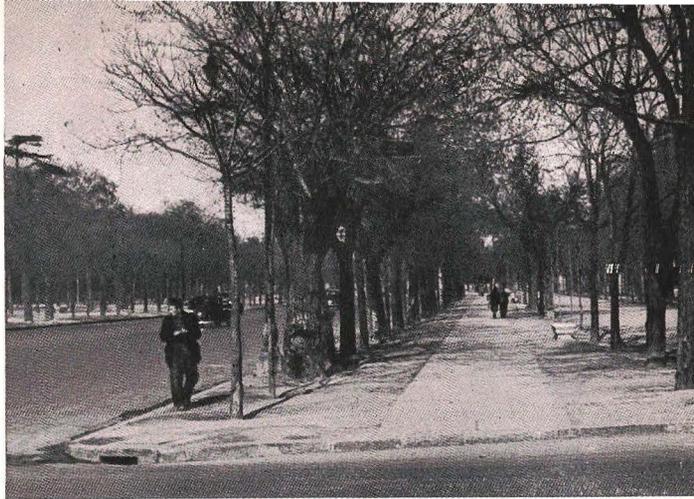
Si el ejemplo que, con estos insignificantes pero fácilmente comprensibles detalles, suministra la parte de la sociedad más preparada culturalmente; si, por otro lado, los artistas dan muestras en sus obras de una tal delirante inventiva como vemos en muchas de sus creaciones, ¡cómo extrañarse que el propietario del garaje encargue horrendas portadas! Si con ello lo que hace no es más que ponerse a tono.

Voy a referiros una curiosa anécdota que viene a propósito aquí, y que me permitiréis que cuente porque revela la influencia que una clase, concretamente la de los arquitectos, puede ejercer sobre las demás.

Un arquitecto, muy joven y moderno en 1936, después de tomar parte en las filas nacionales de nuestra guerra, volvió, en 1939, a su ciudad natal, y se encontró con un adfesio de escuelas, que con buena intención y moderno estilo de la época habían hecho durante aquellos años en un lugar muy principal. Con el ímpetu que le es consustancial, y animado de las ideas que imperaron en aquel momento, fué a ver al alcalde, para hacerle comprender la equivocación en que había caído permitiendo una obra de tan nefando estilo.

El alcalde, que no sabía de su condición de arquitecto, le explicaba a nuestro compañero, como digo muy moderno hacía unos años:

“No me extraña nada su reacción. A mí mismo me



*En estas fotografías aparece el magnífico paseo de la Castellana vacío de transeúntes. A pesar de que el Ayuntamiento adecentó los andenes inmediatos a la calzada y contribuyó con esta sencilla mejora al embellecimiento de la por sí estupenda avenida, los madrileños no gustan ahora de pasear por ella.*

ocurrió algo semejante al principio, porque este estilo arquitectónico, seco y simple, al primer pronto no gusta. Pero ya verá usted cómo se acostumbra y acaba pareciéndole bien.”

Se estudian planes de urbanismo, como es muy necesario y fundamental, para prever el futuro desarrollo orgánico de las ciudades. Y, entre tanto, nosotros ¿qué? Los de ahora, los del presente.

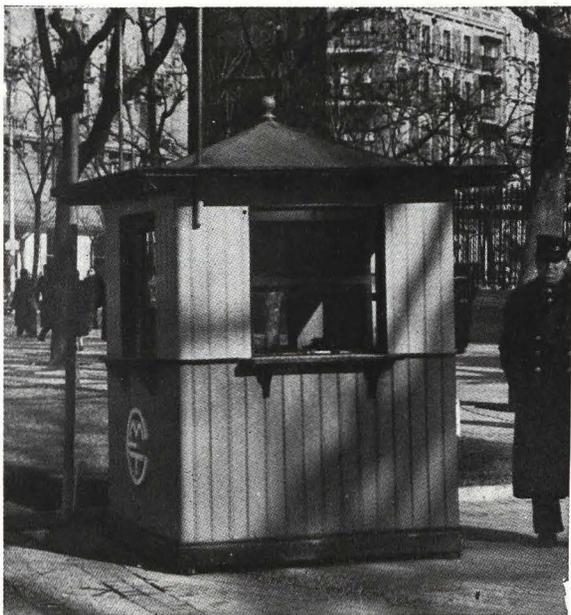
Los que hemos sufrido dos guerras mundiales, una guerra en Africa y dos revoluciones, tenemos algún derecho a vivir en unas ciudades que merezcan la pena. Concretándonos a Madrid, las generaciones de nuestros padres vivieron en una ciudad, al decir de ellos, amable y cortés. Los que nos sigan es probable aprovechen los resultados de nuestras tareas y de nuestras inquietudes. ¿Y a los que nos coge en medio?

Por ello desde aquí quiero rendir un tributo de agradecimiento a don José Moreno Torres cuando fué alcalde de Madrid. No sé lo que ha costado ni cómo lo ha hecho, pero el resultado es que Madrid ha vuelto a coger aire de capital bajo su mando.

Creo que sin llegar a grandes dispendios, sino empleando los medios sencillos que tenemos a mano, se pueden ir mejorando muchas cosas de la escena callejera.

Recuerdo que, hacia el año 1940, uno de los temas planteados con urgencia era el barrio de Usera, muy trabajado por la guerra. Me di un paseo por allí con Bidagor, y a la vista de aquellos destrozos se le ocurrió pensar que si un grupo de arquitectos, con unos albañiles y pintores, se ponían a remendar aquello con gracia, el resultado sería, probablemente, estupendo. El cuidado de las pequeñas cosas es lo que quiero tratar ahora aquí.

*Un quiosco para el servicio de autobuses: es de tipo provisional, por lo que se ha hecho de madera; pero esa provisionalidad no impedía que hubiera sido un poco menos feo. Al lado, un quiosco de refrescos en el parque del Retiro, bien compuesto, simpático y que encaja bien en el ambiente.*



El espacio urbano es un recinto que se compone de los edificios como paredes, el cielo como techo y el pavimento como suelo. La buena ordenación y correspondencia de estos elementos y su correcta disposición y uso son el objetivo y la misión de urbanistas y arquitectos. Pero una vez que la composición principal está lograda, entran a formar parte de ella los múltiples detalles que completan el escenario de la calle.

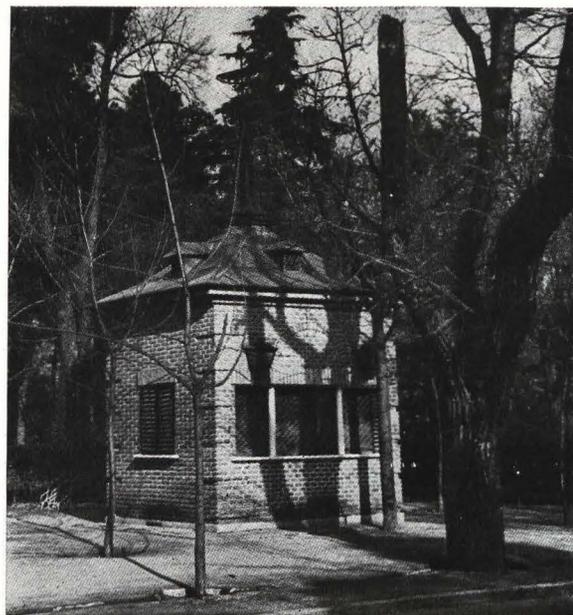
Para ordenar su disposición se puede aceptar la clasificación en cinco categorías, que propone el arquitecto Frederik Gibbes, a saber:

- 1.<sup>a</sup> Elementos funcionales, de tres dimensiones, que se ubican aisladamente. Tales los quioscos, las señales de tráfico, las farolas.
- 2.<sup>a</sup> Letreros, enseñas, escaparates. Aquí entran los innumerables rótulos, números, muestras, que van guiándonos por la ciudad y llamando nuestra atención.
- 3.<sup>a</sup> Vallas, verjas, tapias, es decir, todos los elementos que actúan como limitación, separación o defensa.
- 4.<sup>a</sup> La forma, el aparejo, la textura de las superficies. Por ejemplo, los pavimentos.
- 5.<sup>a</sup> Elementos de adorno de tres dimensiones, cuya finalidad está, exclusivamente, en proporcionar un placer visual.

Estos elementos urbanos necesitan:

- 1.<sup>o</sup> Estar bien proyectados en sí mismos.
- 2.<sup>o</sup> Estar en correcta relación y armonía con el medio en que se van a colocar.

Lo más frecuente suele ser que sean feos en

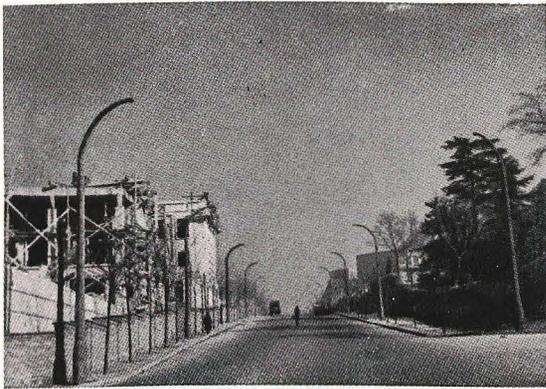


sí, y, además, que estén en mala correspondencia con todo lo que los rodea. El resultado es, naturalmente, de catástrofe, y como no se puede olvidar la atención que, de grado o por fuerza, están impelidos los vecinos y visitantes de una ciudad a prestar a todos estos fútiles elementos, ocurre que, si en vez de ser horribles fueran hermosos, su obligada y continua contemplación constituiría una magnífica y diaria lección de educación estética para todos los ciudadanos.

Vamos a dar una pequeña vuelta por cada una de estas categorías:

### 1.<sup>a</sup> ELEMENTOS AISLADOS DE TRES DIMENSIONES

**Quioscos.** — Nuestro Ayuntamiento se ha preocupado de ellos, y se han construido algunos quioscos en el Retiro bien adaptados al ambiente, con el bendito ladrillo visto, que lo defiende todo o casi todo. Los de las calles ya no sé si son tan propios. Desde luego, es preciso reconocer que el tema es difícil e ingrato. El quiosco se planta en medio, con una, diríamos, chulería que ya le hace antipático. Si encima se le mete un poquito de pretensión—clásica o moderna—, la cosa se estropea mucho.



**Faroles y lámparas de alumbrado.**—Se emplean tipos *standard*, que hacen los fabricantes sin (me figuro) ninguna preocupación estética. Procuran que funcionen y ahí limitan sus intentos.

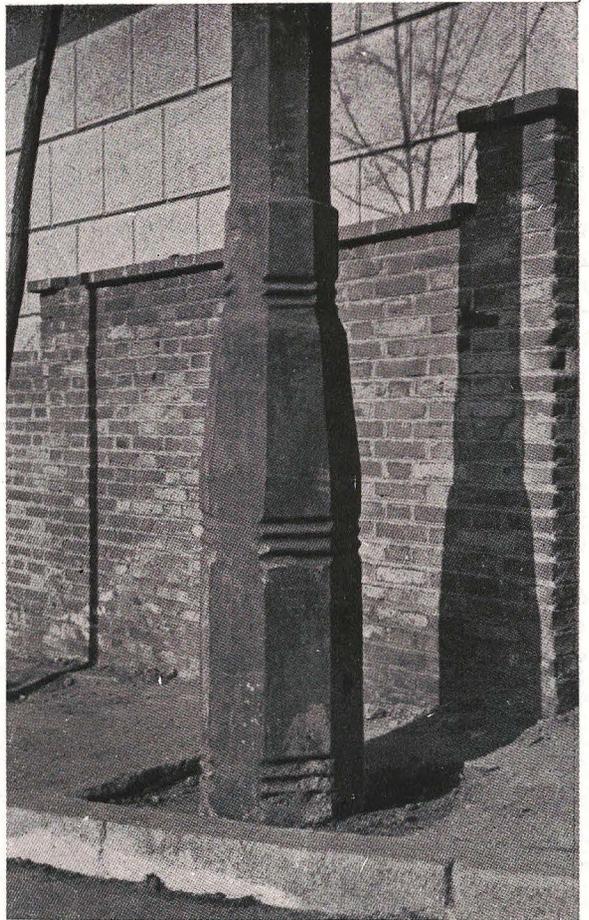
En rigor, más vale así, porque si les añaden "gracia" resultan más feos aún.

Uno no sabe si es por ese apego que tiene a lo de antes o por qué, pero a mí me parece que las farolas de otros tiempos no eran tan espantosas como éstas.

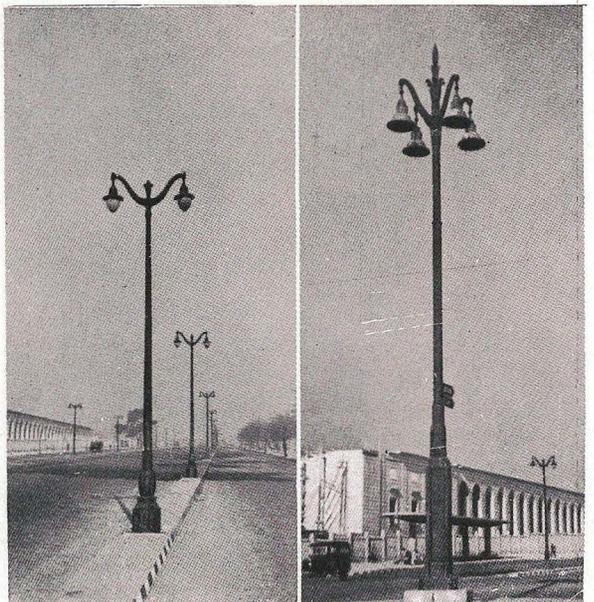
Yo creo que en relación con este apartado—y para todos los demás, se podría decir exactamente lo mismo—creo, repito, que lo que se necesita es que en esas fabricaciones se diera entrada a especialistas de las Bellas Artes.

La colaboración de arquitectos, pintores y escultores la estimo sencillamente fundamental.

Tenemos el ejemplo del teatro. Las decoraciones de los teatros oficiales están proyectadas por auténticos pintores. La calidad de lo que en este aspecto se viene ofreciendo en el Español y en el María Guerrero está a la vista y a la admiración de todas las gentes. Su poder educativo es grande.



*Farolas de alumbrado en la avenida del Generalísimo y en la calle Vitruvio, a ella inmediata. Las primeras, al pie de la página, ahí están. Las segundas, recién colocadas, todavía sin las lámparas, muestran en el detalle de su parte inferior unos ensanchamientos y unas hendiduras totalmente innecesarios. Estos añadidos tendrían justificación si decoraran la farola, es decir, si la proporcionaran decoro. Pero se la cargan.*



**Señales de tráfico.**—Puede decirse de ellas algo parecido. No hace falta proyectarlas porque las estamos viendo todos los días.

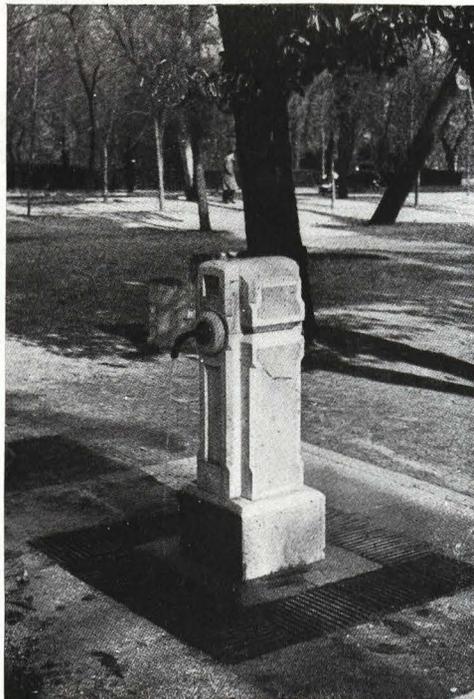
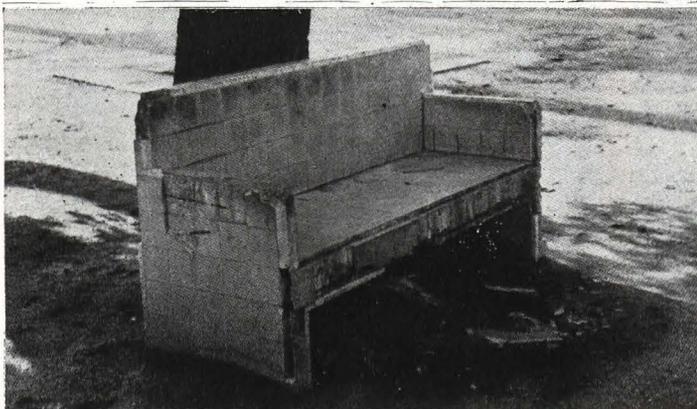
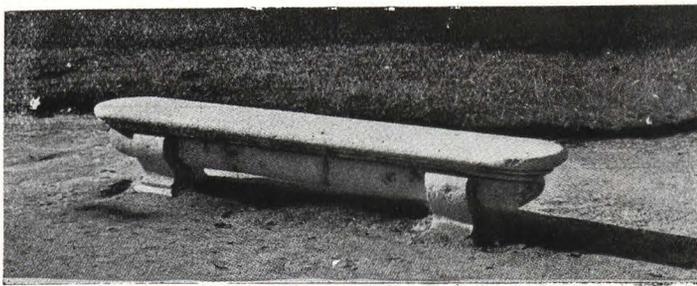
El Instituto de Colonización, cito este ejemplo, ha abierto un concurso entre escultores para una imagen de San Isidro que se va a colocar en la fachada de su edificio central de Madrid. Y si esto se hace con una única figura, que no se va a ver más que en un solo edificio, tanto y mucho más lógico sería abrir concurso para los proyectos de estas señales luminosas, que se repiten por muchas de las calles de la capital y muy semejantemente en toda la nación. Los escultores abstractos, que consiguen con sus obras, es indudable, aciertos plásticos de agradable contemplación, están en las mejores condiciones para contribuir con sus creaciones a embellecer un elemento tan útil y tan insistentemente contemplado como son las farolas, señales luminosas y demás elementos callejeros. Pero como parece que se estima esto de poca categoría artística, prefieren poner debajo de su escultura, por ejemplo, "Retrato de mi hermana", que resulta poco serio, en lugar de "Señal luminosa", que sería lo suyo, y con lo que harían, además, un gran beneficio en el aspecto estético de la ciudad.

Un elemento que con éstos tiene relación, y que, a mi juicio, no tiene arreglo, es el de los cables. Muchos ya se llevan subterráneos; pero la aparición de los trolebuses, con sus tomas aéreas de energía, establecen ese techo urbano de paraguas sin tela, que habrá que soportar, posiblemente, durante bastantes años.



*Escultura abstracta de formas agradables. Si los escultores quisieran cooperar en estos humildes menesteres urbanos que aquí se comentan, y dedicar su indudable talento a proyectar bellas piezas de farolas, señales de tráfico y demás elementos, nos harían un gran beneficio a todos los ciudadanos.*

*Dos bancos del Retiro. En la parte superior, el proyectado en piedra por don Ventura Rodríguez; abajo, uno de hormigón armado y revestimiento de baldosín hidráulico, producto nuestro. A la derecha, fuente. Se hace referencia a ella en el texto.*



**Bancos y fuentes.**-Traigo a vuestra consideración sólo dos ejemplos, uno de cada especie, los dos emplazados en la Rosaleda del Retiro. El banco es de hormigón armado, chapado de baldosas blancas 10 × 10. Está arrimado al tronco de un espléndido pino.

Ya está muy deteriorado, así es que debe hacer muchos años que fué puesto allí.

Me figuro que para construirlo serían precisos unos planos; a lo mejor hasta unos cálculos—es de hormigón armado—, un expediente. Bastante trabajo, en fin, para este lamentable resultado. Se hizo y allí sigue.

El banco de piedra que aparece en la otra foto está muy correcto y muy bien.

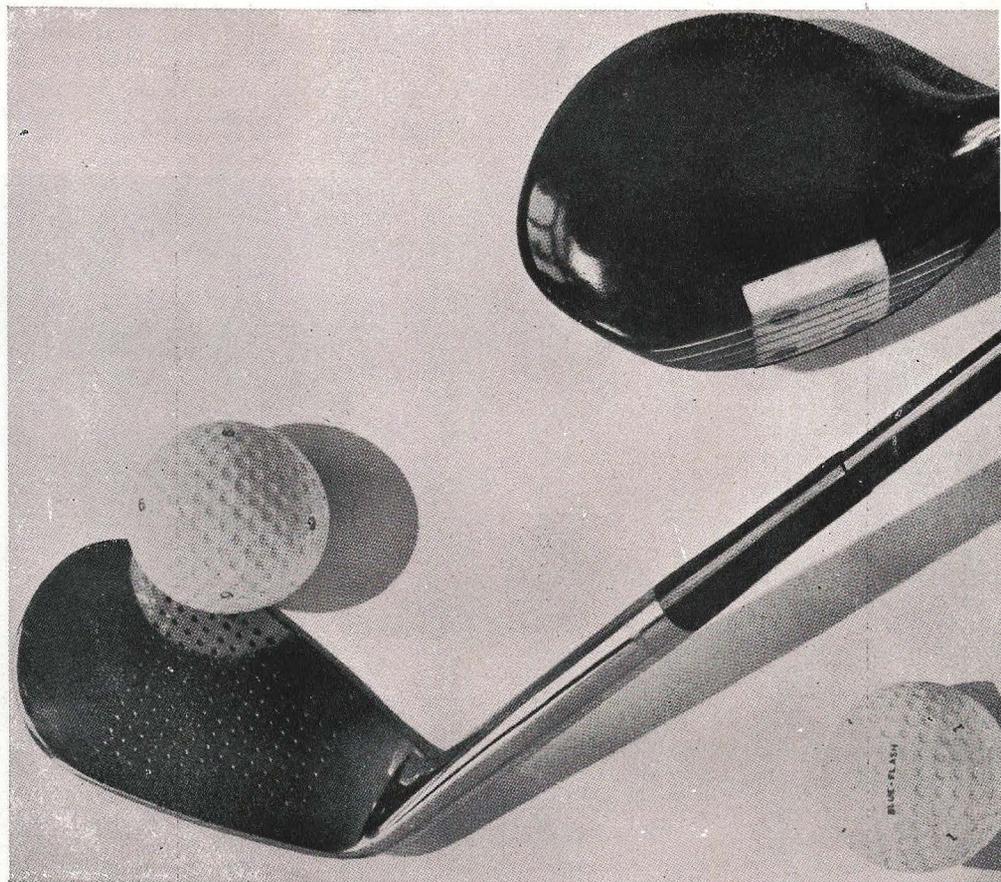
La fuente es una de tantas como han aparecido por Madrid. No son felices; por el contrario, podría decirse que son feas. Las traemos a colación en este apartado porque son puramente utilitarias. Aquellas que

llamaríamos artísticas corresponde al último epígrafe de esta clasificación.

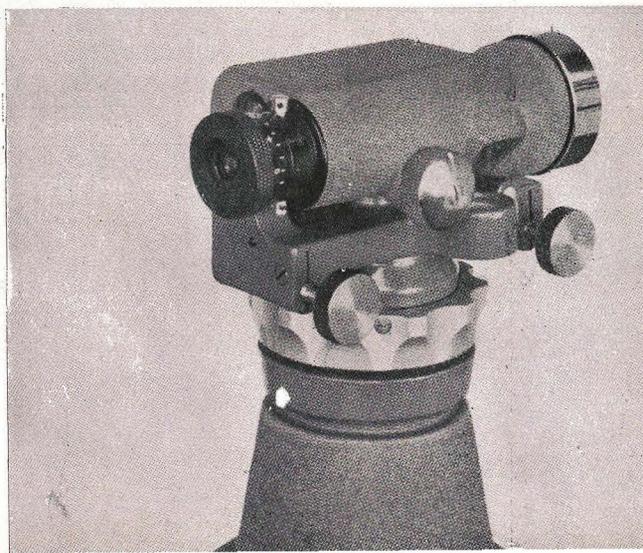
Estos elementos es preciso se cuiden muy especialmente, porque sobre estar exentos y ofrecer sus formas a la contemplación por todos lados, se emplazan en jardines y paseos con acompañamiento de vegetación, siempre bella, que destaca más la tosquedad de un mal proyecto.

## 2.<sup>a</sup> ENTRAMOS EN EL IMPORTANTE CAPÍTULO DE LAS MUESTRAS Y RÓTULOS

Importante, dentro siempre de la relativa importancia que, como va dicho, tienen todas estas cosas. Aquí hay un primer problema de carácter tipográfico, que tiene relación con uno de carácter general que afecta



*Productos, muy bellos, de la técnica actual. Se ha llegado a ellos por constantes y pequeñísimos avances. Ningún fabricante de palos de golf ha pretendido hacer algo original y distinto a lo que había, entre otras razones porque no lo hubiera vendido. Cada uno se ha limitado a mejorar, en sutiles detalles, lo hecho antes. Y ese es el resultado. Buen ejemplo para los arquitectos.*



a nuestra época. ¡Pobrecilla, cómo la estamos poniendo!

Llevamos unos años, bastantes, de total renuncia a todo lo pasado y de anhelante busca de nuevas soluciones. El fin que con ello se persigue es noble, indudablemente. Pero los medios con que se intenta conseguirlo no son buenos y desacreditan la idea fundamental.

Ahora pretendemos que todo sea nuevo y original, y así andamos por lo común, y no puede ser de otro modo, de pirueta en pirueta. La técnica, este terrible émulo que le ha salido a las artes, va adelantando con tanta celeridad porque el trabajo científico se lleva en común en el mundo entero, y un científico inglés mejora la experiencia de su colega de Francia y la de aquél es superada por la del norteamericano. De este modo, apoyándose en la colectiva experiencia diaria y sólo con pequeñísimos progresos individuales, se van consiguiendo los enormes y asombrosos resultados colectivos.

En el campo de las artes así ocurrió en las buenas épocas. Los órdenes clásicos, ese hito de la inteligencia humana, se consiguieron porque fueron depurándose a través del trabajo de los mejores arquitectos de los tiempos pasados.

Así ocurrió también con la tipografía, y por ello han llegado hasta nosotros, seleccionadas magníficamente,

unas letras que modificaban, con sutileza, el original tipo romano.

El Bodoni, el Elzeviriano, el Ibarra, son tipos de imprenta muy semejantes, con sólo pequeñas diferencias que cada artista imponía en sus originales.

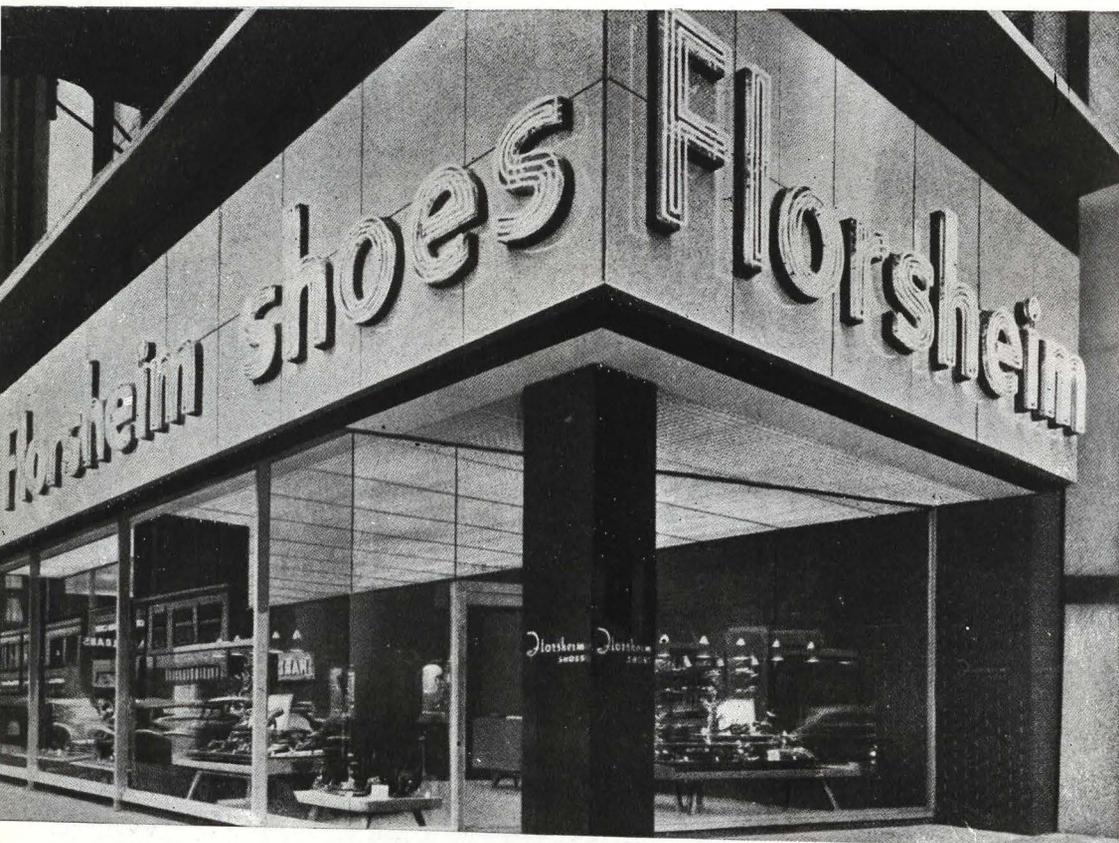
Ahora todo se anuncia mucho. Las calles se llenan de letras de las más caprichosas formas, en un caos estético-alucinante que no puede conducir a nada bueno.

En Alemania se advierte en este aspecto un orden (no sé si proviene de antes de la guerra; yo lo he visto ahora) que es oportuno destacar. Los letreros que corresponden a las carreteras normales son de letras negras sobre un fondo amarillo, y los de las autopistas son blancos sobre un fondo azul. De modo que aquel—alemán o extranjero—que quiera salir de una ciudad por una autopista o por una carretera, con seguir las instrucciones de uno u otro color, encontrará fácilmente su objetivo.

Los letreros oficiales, que tienen un carácter común para todo el país, debían ser uniformados en tipos, tamaños y colores en beneficio de todos.

Los particulares tienen, es natural, libertad para hacer lo que quieran: el único procedimiento para conseguir algo eficaz sería animar a los que hacen las cosas bien. ¿De qué modo?

A mí se me ocurriría, por ejemplo, que nosotros podríamos colaborar haciendo que en nuestra revista se



*Las letras de ahora que, entre prisa y prisa, se inventan los proyectistas para ser originales. Así resultan las cosas.*

publicaran las portadas de aquellas tiendas españolas que se hubieran destacado por su calidad. Esta pequeña distinción, aunque no grande, sería quizá un aliciente para insistir en un buen camino.

Es cuestión y tema éste para que las personas capacitadas tomaran en serio los pequeños problemas callejeros.

### 3.<sup>a</sup> VERJAS, TAPIAS Y OTROS ELEMENTOS DEFENSIVOS

Estos son motivos antipáticos por su misma función prohibitiva, así es que hay que procurar cuidarlos doblemente para que sean lo más soportables posible.

Hay pasión por poner verjas en las calles. ¿Qué falta hacen en la inmensa mayoría de los casos? Esta costumbre madrileña de poner ese alambre bajo, delante del verde, es un poco ingenua. No defiende nada, y a veces lo único que logra es alguna que otra caída. En

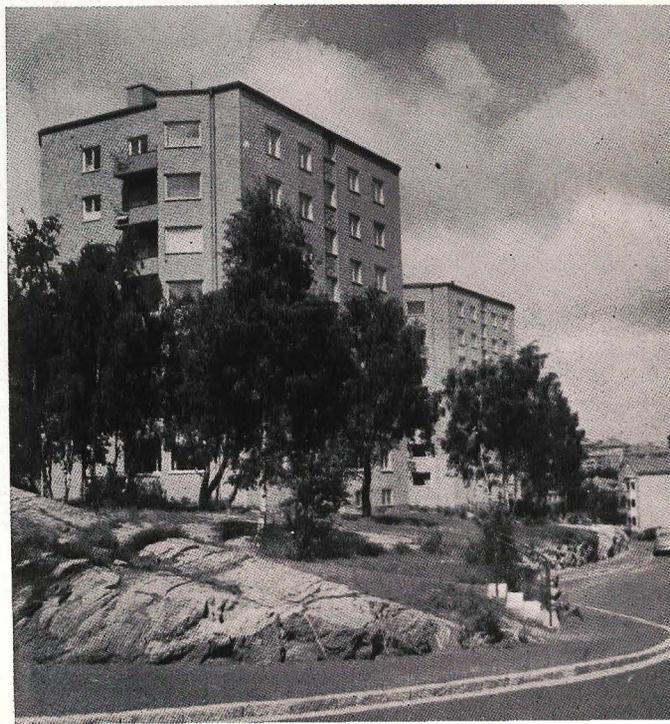
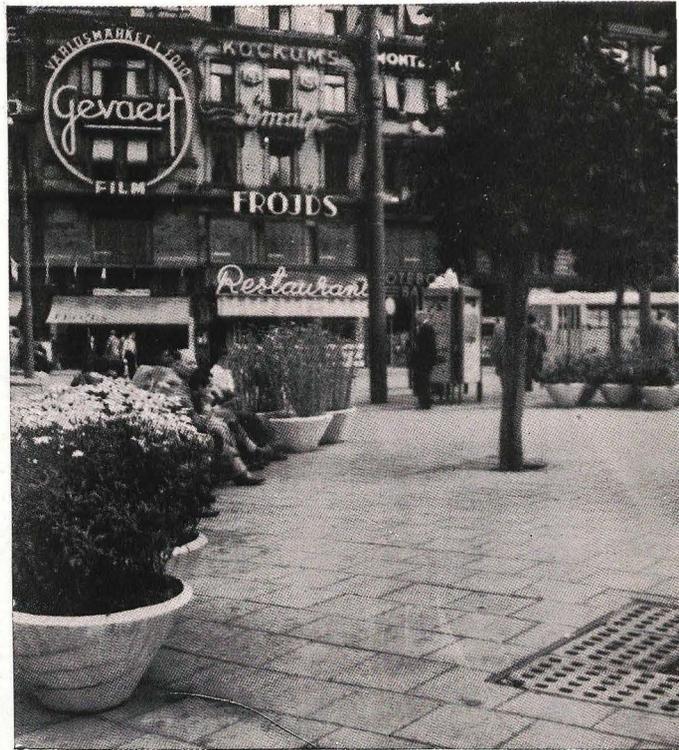
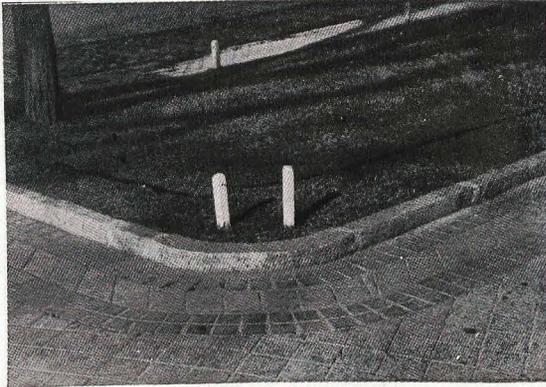
los monumentos, que ahora muchos han quedado como islotes en las plazas, rodeados por coches en todas direcciones, sin posible acercamiento de nadie, ¿a qué la verja?

En el final del Viso, esa desdichada colonia madrileña que se ha cargado el señor Tarré de acuerdo con un arquitecto firmón, existe una plazoleta de esas de regulación de tráfico. Pusieron unos árboles y el alambre correspondiente. Luego no se ha tenido cuidado de regarlos, y ahora está todo seco. ¿Para qué entonces esa condenada separación?

Las tapias, donde destacan con más importancia es en las colonias-jardín, y aquí no es oportuno que sean de fábrica, y parece mejor se sustituyan por vegetación de hoja apretada, con lo que se establece una separación grata a la vista.

La ciudad-jardín es lo que la palabra dice. Pero si se hace una colonia de este tipo con minúsculas par-

*Alambres defensivos y rejas protectoras en las calles madrileñas. En contraste, esos ejemplos suecos con flores al alcance de la mano (¿de qué mano?), y la Naturaleza sirviendo de entorno a los edificios: sin inútiles rejas ni tontas protecciones.*



celas, eso sí, muy bien defendidas, con una buena tapia y dentro tres árboles, resulta un asco.

Si en la citada colonia del Viso se hubieran puesto unas tapias de cerramiento, el efecto hubiera sido mucho menos simpático, y su actual realización es un buen ejemplo de cómo se ha contribuido a dar agrado a este elemento, molesto por esencia.

En las residencias individuales americanas y zonas residenciales de altura, como este ejemplo sueco, el jardín queda incorporado a la calle para el uso y disfrute de los vecinos y para el agrado contemplativo de todos. Pero ello exige el nivel cultural de esos países, que nosotros estamos lejos de tener.

Es muy importante considerar en este apartado las balaustradas o barandillas de los puentes. En las autopistas alemanas se ha resuelto esto del modo magnífico que de todos es conocido. Si en España encontráis algo que no sólo no se parezca a esos puentes alemanes, sino que precisamente sea su inverso, lo más seguro es que esté mal. Desgraciadamente lo encontraréis.

Es necesario diferenciar y separar espacios en las calles; pero que se haga con elementos agradables. Por ejemplo, la acera que no se separa de la calzada con verjas. Y si en algún sitio se estimaba que eran oportunas, era aquí, para evitar atropellos. No. En su lugar se establece una leve diferencia de alturas y una clara diferencia de pavimentos, y ya está.

Un buen ejemplo de esta separación de recintos sin

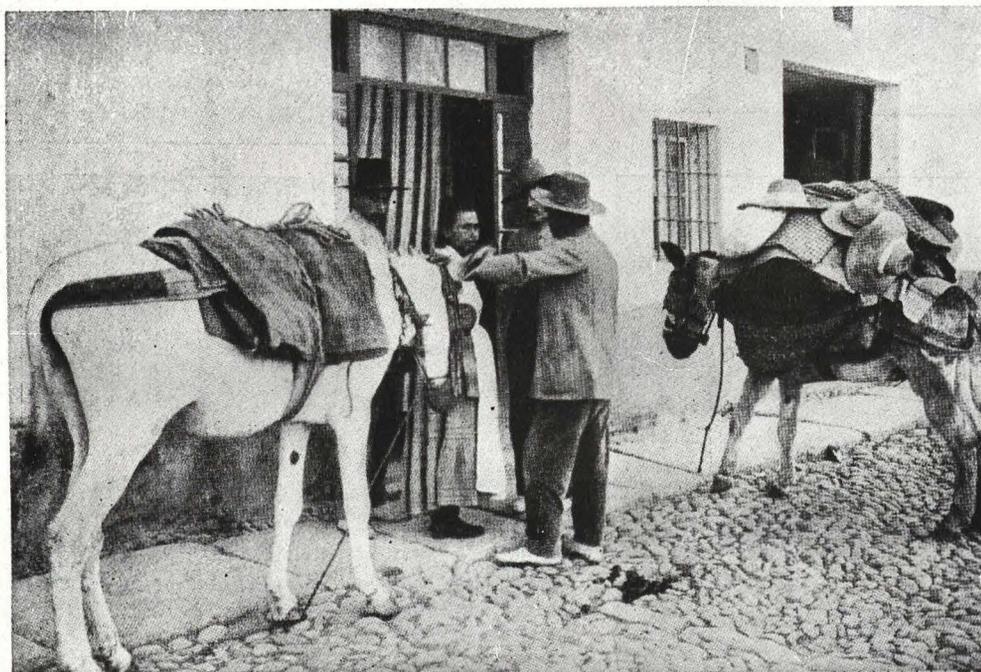
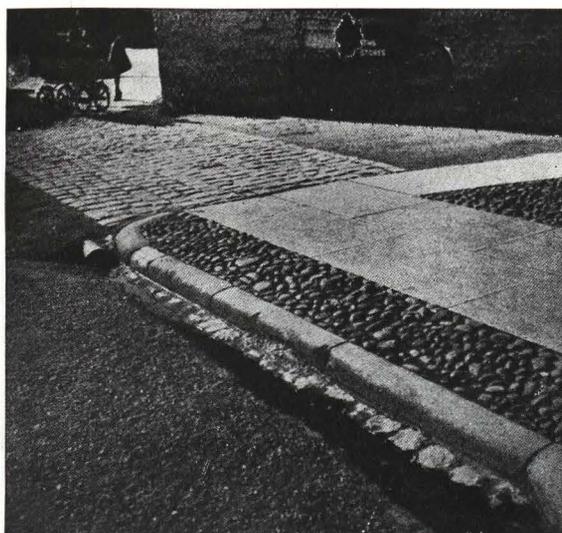
necesidad de rejas ni verjas lo constituye la plaza elíptica de Bilbao, islote para todos, en plena Gran Vía bilbaína, a diferencia de nuestros islotes de nadie (Colón, etc.).

Esta plaza elíptica tiene un recinto central de vegetación con muchísimas flores, accesible a todos y separada del tráfico por su forma de cazuela. A la vista de los peatones, y de los automovilistas si echan una mirada de reojo, resulta muy agradable. Y los niños, los ancianos, quienquiera que sea, están tranquilos allí abajo. Es la forma cóncava, ejemplo de arquitectura humanista, de que hablaba Bidagor en Granada.

#### 4.<sup>a</sup> LOS PAVIMENTOS

El arquitecto ha abandonado el suelo a los ingenieros. No creo que ni los puedan ni los deban rescatar. Los tiempos de don Juan de Villanueva, que cumplía

*Las calles de los pueblos españoles estaban pavimentadas lógicamente. Aceras de piedra lisa para los peatones, calzadas de cantos para las caballerías. Esta misma combinación de materiales en esa acera de una ciudad inglesa proporciona un agradable aspecto al pavimento. Quizá no estuviera mal hacer algún ensayo de este tipo en nuestras calles, uniformadas con la feísima baldosa de cemento.*



las misiones de maestro mayor y fontanero de la villa de Madrid, todo a un tiempo, han pasado. Pero lo que en ningún caso debe ocurrir es que se abandone la intervención del arquitecto, no por el hecho de intentar meternos en todo, sino con el noble deseo de colaborar en beneficio de la comunidad.

La calidad de las superficies, la textura, el aparejo, el color de muros y pisos dan gran variedad y armonía a la escena urbana. En este aspecto hay algo para lo que no se pueden dictar disposiciones: los edificios, que dan lugar a los lienzos verticales de los espacios urbanos de que se hablaba al principio, y que cada arquitecto resuelve como le viene en gana sin tomar en consideración lo que tiene al lado.

Pero sobre los pavimentos sí que se puede, y además interesa, tener un criterio definido, porque hay posibilidad de llevarlo a la práctica.

El modo de pavimentar las calles, calzadas y aceras es muy importante al efecto estético de la ciudad. Portugal y Brasil cuidan mucho esto, consiguiendo soluciones realmente apreciables, aunque con exceso de barroquismo.

El pavimento enlaza con los edificios, y según el tamaño de unos y otros, absoluto y relativo, así ha de ser su dibujo. Uno de los mejores ejemplos que puede ponerse a este respecto es el de la célebre plaza del

Capitolio, de Roma, tan perfecta por tantos conceptos.

El macadan, pavimento uniforme, que ha sido una solución técnica muy buena, quizá haya traído consigo una sensible pérdida estética. Ahora que el urbanismo va a la solución de las calles de peatones, puede volverse para ellas a los pisos con juntas. Los antiguos pavimentos de nuestros pueblos, tan agradables a la vista, no se colocaron así por ninguna preocupación estética premeditada, aunque es cierto que había un poso de buen hacer natural. Se establecía una acera estrecha para peatones pavimentada con losas, y una calzada de cantos rodados para las caballerías. En cuanto el transporte animal se sustituye por el mecánico, hay que quitar el piso de cantos rodados y sustituirlo por el pavimento continuo.

Pero el pavimento es un elemento noble, una muy ligera capa que cubre a la madre tierra, y que debe ser estudiado con cariño y respeto. Constituye el pavimento como un tapiz de la calle, con cuyo dibujo, no sólo decorativo, se puede expresar, entre otras cosas, el plan de circulación de la ciudad, empleando distintos materiales.

A título de ejemplo pretérito traemos esta fotografía de Girona de una calle con escalinatas. Es muy pintoresco y agradable su aspecto. Debe de ser incómodo para vivir. Este elemento está proscrito en las ciudades de hoy, y no hay más que dedicarle un recuerdo



5.<sup>a</sup> ELEMENTOS DE TRES DIMENSIONES CON  
CARÁCTER PURAMENTE DECORATIVO

Estatuas, fuentes, etc. No haré más que citarlas para dar constancia de su existencia y de la importancia que tienen en el ornato y belleza de la calle.

En este punto no hay más que pedir que el Espíritu Santo ilumine a sus autores. Si una ciudad posee una fuente como la de las Cuatro Estaciones, del paseo del Prado, puede decir que ha tenido mucha suerte. Pero tanto talento no se puede conseguir por menudas fórmulas de buen gusto. Ni esta pieza maestra puede traerse

aquí, precisamente a esta sesión, más que muy reverentemente y sólo para ser admirada.

Y nada más. Lo que habéis oído es una ligera enunciación de temas a tratar. Como ahora felizmente se les ha despertado a las gentes un nuevo gusto al hogar y al jardín, que hace muchos años no existía, me pareció oportuno traer a discusión este tema de la menuda estética urbana para ampliar hasta la calle esas aficiones.

Si alguno de vosotros, después de escuchar este índice ilustrado que os he presentado, se anima a decir algo, todos se lo agradeceríamos mucho. Ahora es cuando empieza la sesión.



# INTERVENCIONES



## MIGUEL FISAC

No deberíamos salirnos hoy del tema de los pequeños detalles, que tienen tan gran importancia.

Las gentes disponen de poca sensibilidad, y además nos tienen a los arquitectos—que somos los más llamados a reeducarlas—poco respeto. Pero esa pérdida de prestigio—es justo reconocerlo—nos la hemos ganado a pulso, y a pulso también habrá que ir recuperándola.

Ha habido generaciones anteriores que han tenido respeto al arquitecto, pero también es que éstos han sabido ser acreedores a ello. Otros, después, lo han hecho muy mal, y nos lo han desprestigiado, y con ese legado a cuestas seguimos. ¿Cómo quitárnoslo? Haciendo buena arquitectura y haciendo también una crítica sana y honrada de lo que es malo. Por un falso concepto de compañerismo, injusto y prosaico, se ha igualado la labor de compañeros notables con otras indeseables. No conozco caso alguno en que los Colegios de Arquitectos hayan rechazado algún proyecto por feo. Y es preciso hacerlo si se quiere mantener un mínimo de decoro profesional. Recuerdo que en una ocasión que tuve que discutir un proyecto con un arquitecto del Ayuntamiento de Roma, y que estuvimos cerca de una hora estudiando los puntos "bellos" y "brutos" del proyecto, a la salida pensaba con pena que esa conversación, tan interesante y tan lógica entre arquitectos, no se habría dado en un Ayuntamiento de España. ¿Por qué?

Es necesaria una crítica, siempre que esa crítica sea solvente y no esté mediatizada por la pasión. Patentizar lo feo es, cuando la crítica cae sobre un compañero, liberar a la profesión, en conjunto, de un baldón con el que no tiene obligación de cargar, y cuando se trata de otros profesionales que juegan a arquitectos, como en el caso lamentable de los puentes de la autopista de Barajas, para llamarles la atención de que no se puede con esa "alegría" meterse en un terreno que desconocen.

## RAMON ANIBAL ALVAREZ

De acuerdo con Fisac, pero sin verlo en un sentido tan pesimista. La arquitectura, desde finales de siglo hasta ahora, se ha elevado. Tenemos un excesivo espíritu de crítica. Aquí está presente don Luis Bellido,

cuya labor municipal es admirable. La época de don Modesto López Otero, de don Secundino Zuazo de Quintanilla ha producido otras excelentes. Sería por ello interesante que la crítica se dedicase alguna vez a exaltar a algunas figuras de nuestra profesión.

Todo lo que ha dicho Carlos de Miguel es interesante desde muchos puntos de vista; pero muchos de esos defectos no son achacables a los arquitectos porque se encuentran las cosas hechas, y aún más se ven estos fallos donde no hay un arquitecto. Tenemos un asunto candente, que es la autopista de Barajas: el paso que se ha hecho en la Ciudad Lineal es de muy poca calidad, tanto de material como de proyecto. Y es lástima, porque la autopista va a quedar muy bien, pero el aspecto arquitectónico de los elementos que la acompañan es lamentable: los puentes sobre el arroyo Abroñigal parece que estuvieran decorados con tubos de uralita.

En otros aspectos semejante a éstos existen temas simplísimos. En una conferencia sobre jardinería, que pronuncié hace algunos años, traté de muchos puntos de los que acaban de hablarse aquí.

Tiene una importancia grande la repoblación forestal en plan de estética urbanística. Es sensible que exista toda esa muralla de Paracuellos frente al aeropuerto y que no se piense en su repoblación forestal. Apoya este argumento la vista de Málaga al llegar a ella por mar, que es preciosa, porque se ha ido a una repoblación seria y eficaz.

## FERNANDO CHUEGA

Ahora que estamos tratando del arte humilde, conviene que recapacitemos sobre el divorcio que existe entre el arte mayor y el del utensilio menudo con el que tropezamos a todas horas—no hay que decir que constantemente en la calle—, en forma de faroles, quioscos, buzones, etc. En España parece que el artista de elevado nivel intelectual desprecia las artes industriales, aunque se extasie con las cerámicas de Picasso. Pero a él mismo no se le ocurre más que hacer su consabida exposición y esperar la crítica y la conferencia laudatoria. Es también un poco falta de imaginación. Los resultados son catastróficos: nosotros tendremos artistas muy estimables, pero nuestra calle, nuestros escaparates, nuestra vejilla, nuestras cajetillas de tabaco, nuestros sellos, son horribles. Y eso no pasa en otros lados. Precisamente el objeto menudo crea el tono y el nivel medio de una civilización. Carlos de Miguel, que ha tenido el acierto de proponer un tema vivo y verdaderamente urgente, nos ha hablado del palo de golf, de la máquina de escribir, del taquímetro, y las diapositivas son verdaderamente convincentes. Pero no olvidemos que ese feliz resultado se debe a que el fabricante se ha preocupado de su diseño y ha llamado en su auxilio al arte, que no se ha hecho sólo para que esté colgado en los museos; especialistas de diseño industrial han colaborado con los constructores, tratando de depurar y hacer más simples y expresivas las formas. Mientras tanto, nosotros nos paseamos por Madrid y vemos los espeluznantes escaparates de las tiendas de lámparas y arañas de cristal—que tanto han prosperado en los últimos tiem-

pos—, y comprendemos que ahí está la antítesis de todo lo que buscamos.

El banco que acaba de proyectar y que ha elogiado merecidamente Carlos de Miguel se debe a Ventura Rodríguez. Se acredita por su sencillez, por su gracia y naturalidad, y esto pone de relieve la magnitud de un arquitecto en un objeto tan modesto. Ya fué este banco elogiado por sus contemporáneos.

Pero además de la mala calidad artística de las "cosas de la calle", creo que hay otro punto que no debemos dejar pasar por alto: el de su estado de conservación. Todo en Madrid está roto, deteriorado, en un estado de cochambre espantoso; no hay un farol que tenga su bombona de cristal, ni un banco entero, ni una fuente sana. Las cosas, aparte de que sean mejores o peores, deben tenerse bien entretenidas; si no, no habremos conseguido nada. Algo que da grima es el estado de la Plaza Mayor. Los arquitectos municipales dicen que pueden hacer muy poco, y que surge constantemente el problema económico; pero yo considero que lo que falta en grado sumo es organización y lo que se llama policía: policía ciudadana. Los arquitectos municipales son, o deben ser, los celadores del decoro y policía de la Villa, y en este aspecto tienen una responsabilidad indudable. Si no se les oye deben hacer por que se les oiga, y al menos elevar una voz unánime como clase que tienen, por serlo, intrínsecas obligaciones.

Habría muchísimas cosas que decir. Una de ellas que ya es hora de que desaparezcan de las aceras de Madrid esas odiosas pastillas de cemento, que siempre están movidas, originan charcos cuando llueve y en verano son pulverulentas y sucias. No veo por qué las aceras no pueden ser de asfalto rayado (cuando no puedan ser de granito), lo cual es mucho más limpio y fácil de mantener. También es hora de que desaparezcan esos hilos que van desde las fachadas a los faroles, y que parece que de ser una solución provisional se va a convertir en definición. Un día, paseando por la Cibeles, un ilustre arquitecto se dolía del bochorno de ver en la plaza más importante de Madrid esos dos terribles cafetines alojados en sendos quioscos, con sus cafeteras echando humo, sus anuncios luminosos, etc.

—¿Se concebiría esto en la plaza de la Concordia, de París?—me dijo—. Si de verdad existiera un sentido del decoro urbano sobre los intereses privados, al acometer la reforma del Paseo del Prado se debían haber eliminado estos quioscos, indemnizando con justicia a sus propietarios. Madrid es muy hermoso y está creciendo mucho, pero municipalmente es una de las ciudades más desastrosas del mundo. Incluso me parece en este aspecto la cenicienta de España.

## R. ANIBAL ALVAREZ

Dicen que Madrid es muy feo, pero es porque lo hemos hecho nosotros así, porque con esta ciudad (en general con toda España) hemos procedido a una verdadera devastación con una constancia digna de mejor causa.

## LUIS PEREZ MINGUEZ

El aspecto desordenado de las calles céntricas, con abundantes detalles de mal gusto, nos revela hasta qué punto es necesaria una revisión de las causas de esta situación. Admitido que la calle es un reflejo de la sociedad que la vive, no cabe la menor duda que a todos, en mayor o menor grado, nos afecta la responsabilidad de este problema.

La actuación municipal, dentro de la cual los técnicos no tienen más que una función asesora, se limita a resolver las cosas siguiendo la opinión general, de la cual es portador su representante.

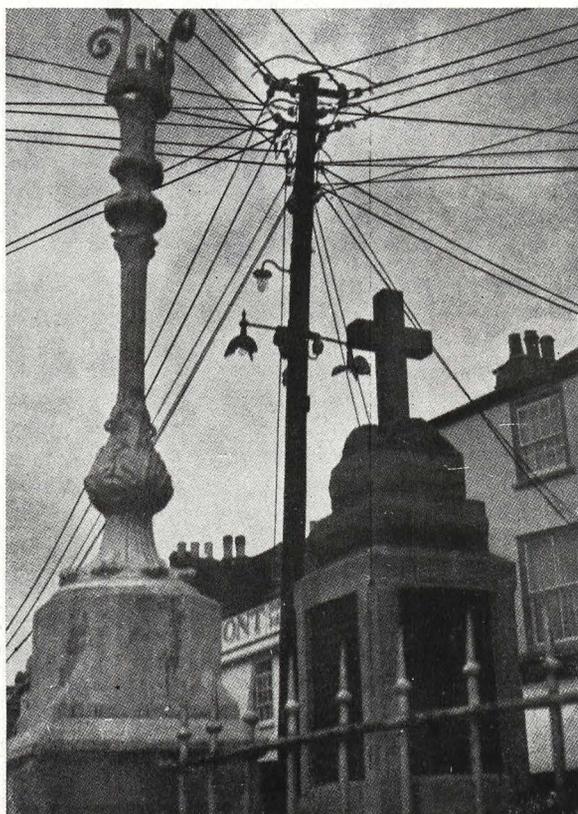
Corrientemente, este criterio de la mayoría no suele ser muy acertado en cuestiones de matices y sutilezas de estilo, y más bien le agradan el aspecto abigarrado y llamativo de las grandes vías.

Por otra parte, parece que esta innovación del ambiente urbano por la propaganda comercial y financiera es una consecuencia lógica del predominio que en la sociedad moderna tienen los valores económicos sobre los de sentido espiritual o estético, que eran los que anteriormente ocupaban el primer puesto en la escala o jerarquía de valores entonces establecida.

Este despliegue visual de la actividad propagandística del estilo americano, lo mismo se acusa en el aspecto de las calles que al ojear cualquier periódico o revista ilustrada, incluso las de carácter técnico, dominando cada vez más el anuncio en perjuicio del texto doctrinal e informativo.

No cabe duda que esto traerá consigo una evolución hacia formas de vida de día en día más atentas y pendientes de los problemas financieros y económicos, de

Cables sobre la ciudad.



los cuales se hace depender, cada vez con más insistencia, nuestra futura felicidad o desgracia. Este cambio fundamental tiene, necesariamente, que influir en nuestro campo profesional, rebajando visiblemente el nivel medio, forzando a un cambio continuo de formas y modas (exigencia típica de la producción en gran serie), aplebeyando la arquitectura y convirtiéndola cada día más en una actividad de carácter comercial.

Este proceso se agudiza progresivamente según nos acerquemos a los centros de mayor actividad económica e industrial, y se va apagando según nos alejamos de ellos, hasta desaparecer en algunas ciudades antiguas, lo que apenas se hace notar. Vemos, por otra parte, que este fenómeno adquiere una gran virulencia en las capitales de países latinos, en los cuales, debido a una mayor vehemencia temperamental, se llega, como en nuestra Gran Vía, a extremos inverosímiles, y, sin embargo, en otros países, como los escandinavos, por ejemplo, se mantiene siempre el anuncio propagandístico dentro de unos límites discretos y en un tono mesurado, del cual, si fuera posible, convendría sacar alguna enseñanza.

## MARIANO GARRIGUES

El tema que nos ha traído hoy De Miguel ensancha la base para el enjuiciamiento crítico que persiguen estas reuniones. Esas cosas, que todo el mundo roza en la calle cada día, y que, por tanto, forman parte del mundo en que uno se mueve, nos traen la responsabilidad de los que no son arquitectos en que aquéllas sean feas o no.

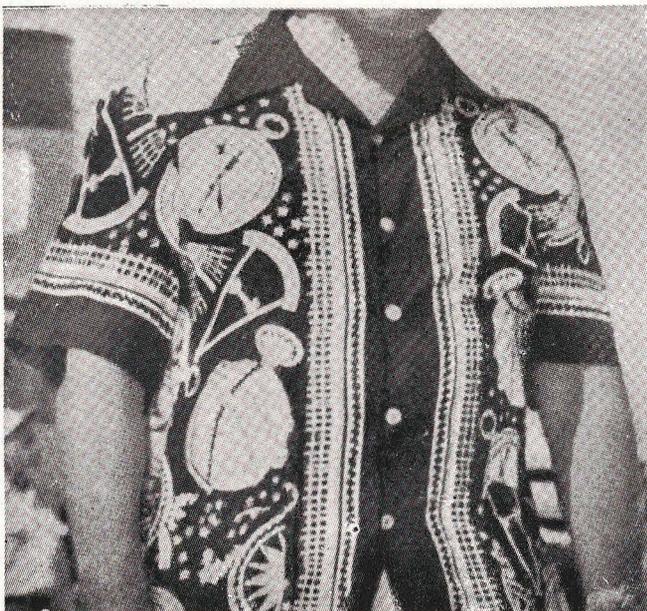
Creo que tiene mucha importancia el llegar a hablar alguna vez de la responsabilidad que corresponde al medio social en que vertemos nuestra obra. Precisamente veo en esta sala tanta gente joven, que supongo llena de ilusión por la Arquitectura, que a veces me

ha dado cierta pena y preocupación el que nos oigan hablar a los más o menos viejos sobre el estado actual de nuestra profesión y su inmediato futuro como de algo que no tiene arreglo, y de lo que somos culpables exclusivamente los arquitectos. Ellos pensarán que si tan mal les hemos preparado el camino, más vale hacerse a tiempo el harakiri.

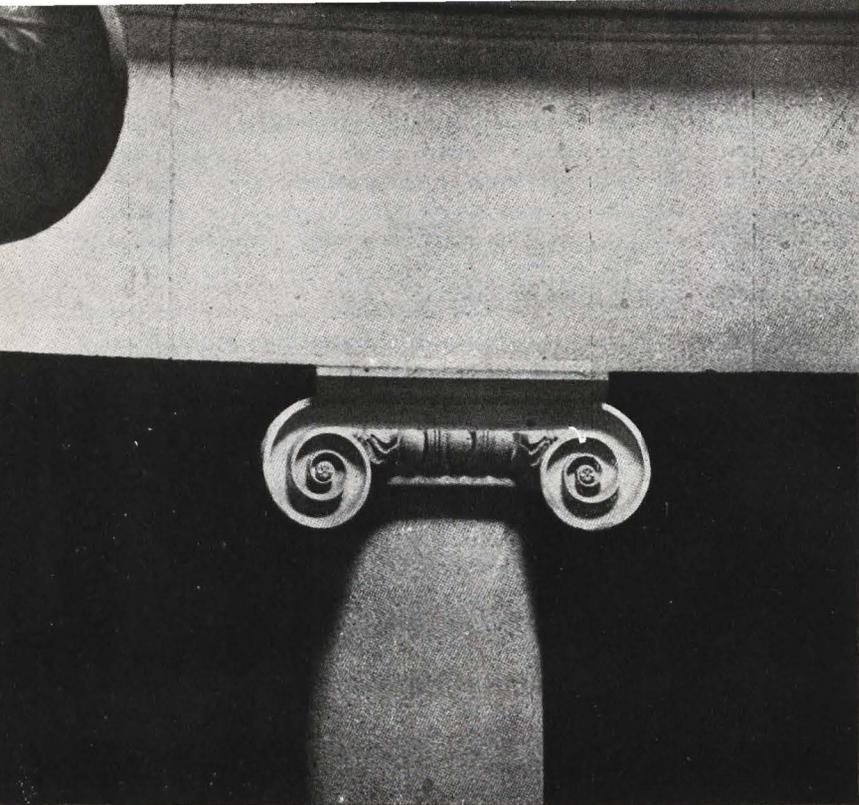
Por eso a mí me parece ahora bien que, después de enjuiciar nuestra propia obra, dirijamos una mirada a cómo es recibida por el medio a que va conducida. La consideración del problema del arte exige esa total dimensión. Los arquitectos tienen ciertamente la obligación de crear bien; pero no es menos cierto, y sobre todo tratándose de Arquitectura, que si ese medio social, hacia quien va dirigida, no tiene la debida percepción, el resultado último es de inadecuación, de fracaso. Mientras no haya unas condiciones mínimas de seguridad para que ese buen gusto social exista, los arquitectos dudarán siempre de su actuación. Naturalmente que esto no va con los genios; pero, por desgracia, de éstos hay pocos.

¿Cómo puede tolerarse por todos la existencia de esas "cosas de la calle", tan radicalmente feas? Pues sencillamente porque la gente vive ajena a la sensibilidad de arte. Y esto es una situación, desgraciadamente, de tipo universal, que sólo por medio de una educación adecuada se puede combatir. Sería interesante que Chueca, que ha venido ahora de América, nos hablase alguna vez de esta cuestión del buen gusto en la Arquitectura y del público para quien se hace.

Cuando se sale por ahí fuera, sorprende que las gentes individualmente tengan tan mal gusto o peor como podamos tener los españoles, y, sin embargo, la consecuencia social del arte es mucho más alta que en nuestro país. ¿Cómo ese hombre que masca goma y lleva corbata de "ésas" puede desde una Corporación cualquiera influir o, por lo menos, no evitar que las farolas de alumbrado sean de mejor gusto que las nues-



¿Cómo un hombre que lleva camisas y corbatas de "ésas" consigue que, por ejemplo, las farolas de alumbrado sean de mejor gusto que las nuestras?



*El ojo ha perdido sensibilidad.*

*tras? Yo creo que en España, como digo, individualmente, hay, por muchas razones, mejor gusto; pero, sin embargo, no llega a crear en el medio social el exigible clima del mismo signo para que la obra creacional del arte, y particularmente la nuestra, alcance resultados superiores a los de otros países.*

*En resumen, creo que ya es hora que, sin desertar de nuestra responsabilidad como individuo, exijamos al resto de la sociedad su parte y colaboración, también muy importante, para que discriminen sobre la calidad de nuestra obra. Es indudable que si existiera un*

*verdadero criterio de selección fuera de nosotros, se mejoraría, quizá definitivamente, la débil tónica de la actual Arquitectura. La autocrítica a ultranza puede llegar a secar, por exceso de intelectualismo, nuestra creación y nos puede llegar a convencer de nuestra incapacidad; por eso será saludable que critiquemos, desde nuestro campo, también a los que tienen la otra parte en la responsabilidad de nuestra obra, y pidámosles que, a su vez, ellos nos critiquen. Cuando esto, de manera natural, llegue a suceder entonces, podremos confiar en que tal vez andemos cerca de alcanzar estilo.*

*... en tanto que el oído conserva una cierta educación.*



## LUIS MOYA

La misma palabra que define nuestra profesión nos indica lo que tenemos que hacer: ser "arquitecto" es estar por encima de las técnicas y dominarlas. Eso era fácil antes, hasta el siglo XVIII inclusive; pero ahora lo veo muy difícil. ¿Cómo se puede intervenir desde el plano superior de la técnica, que está sobre todas las otras técnicas, en especialidades de éstas, cuyas últimas particularidades desconocemos necesariamente? Será necesario plantear el problema de la relación entre los especialistas de las diversas técnicas y el técnico superior, o sea el arquitecto, que desde un punto de vista estético coordine aquéllas y las encamine hacia un fin de utilidad humana, que estará fuera de los fines puramente materiales a que tienden fatalmente las técnicas particulares, pues sólo la estética, ciencia de la sensibilidad, puede justificar los esfuerzos de éstas.

Elegir formas bellas para mecanismos ya determinados por su funcionamiento no parece un camino razonable, pues la forma debe resultar del mismo funcionamiento, como el caso del palo de golf que antes se expuso. En cambio, poner la forma, como un vestido, sobre un mecanismo ya hecho, conducirá a cosas tan pintorescas como el fallo del Concurso celebrado en Nueva York, hace unos veinte años, para elegir fachadas a las torres de ventilación del Holland Tunnel, proyectadas previamente por los ingenieros como bloques sin ventanas, de planta exagonal, de 60 metros de diámetro aproximadamente y otros tantos de altura. El primer premio se concedió a un proyecto porque disimulaba perfectamente, de un modo artístico, el verdadero objeto de la construcción, y el segundo, a otro proyecto que, según dicho fallo también, había consigui-

do expresar la verdadera función de las torres. La hilaridad que produjo este fallo tardó bastante en extinguirse. Ahora se pregunta uno si lo que fracasó fueron los concursantes, o el Jurado, o más bien el modo absurdo de plantear el problema, contrariamente a la esencia de la Arquitectura. No se debía haber llamado a los arquitectos para decorar, por fuera, las torres. Los arquitectos debían haber actuado desde el principio, y desde dentro. Introducir ahora este modo de concebir la Arquitectura es difícil y largo; pero vale la pena de que empecemos a luchar por ello, pues cada día se agrava la enfermedad de la especialización. Como síntoma contaré que hace años proyecté una bóveda grande de ladrillo, cuya forma determiné, aproximadamente, para que estuviese de acuerdo con las necesidades de la resistencia de materiales y con las de la acústica. Se encargó del cálculo definitivo un ingeniero especialista; cambió completamente su forma porque desde su "especialidad" era algo mejor otra, y, por otra parte, la acústica no tenía importancia para él. No hubo modo de convencerle de la necesidad de coordinar la resistencia, la acústica y la economía, pues en especial esta última salía muy dañada con la solución última que proponía, de colgar bajo la bóveda resistente otra de escayola. Al final hubo que prescindir de sus cálculos.

La lucha para conseguir rescatar el verdadero sentido de la Arquitectura debía empezarse pronto, pero sin prisas, porque la gente actual ha perdido de tal modo el sentido de ver las cosas, que todo le importa un bledo y nadie se fija en nada. Es notable que, en cambio, el oído conserva cierta educación: una nota falsa basta para agitar al público, al mismo público que se queda tan tranquilo, y hasta complacido, ante las más monstruosas desproporciones de la Arquitectura. Y

*El Museo del Prado, de Madrid. Si la sociedad actual no hubiera perdido el sentido de ver las cosas, la contemplación de este magnífico edificio le serviría de gran satisfacción.*



¿cómo no ha de ocurrir esto, si en exámenes de ingreso en nuestra Escuela más de sesenta alumnos, preguntados por separado, dijeron no haber visto nunca columnas corintias, y eran vecinos de Madrid y de Salamanca en su gran mayoría? Y, por otra parte, no he encontrado a nadie que se haya fijado en los tirantes de hierro del Pilar de Zaragoza.

La tregua que nos da esta indiferencia general hacia las cosas que entran por los ojos puede ser aprovechada en nuestro favor, sin que entre tanto se produzcan daños irreparables en la sensibilidad de las gentes.

## M. FISAC

Estoy de acuerdo con Garrigues en el fondo, pero no en la forma. No podemos pretender que a la gente nos la den educadita. La gente, innatamente, tiene buen gusto, pero hoy está maleada por la enseñanza negativa que le han dado. Pero para reeducar a esas gentes necesitamos primeramente los arquitectos tener una cierta unidad de criterio, unos cuantos puntos inamovibles de contacto, que hagan que, en lo esencial, no nos contradigamos unos a otros.

## F. CHUECA

Pensando en lo que acaba de decir Mariano Garrigues, sólo quiero exponer a vuestra consideración un ejemplo bien concreto: no sé si existirá en el mundo un trozo urbano que en fealdad pueda parangonarse con la Gran Vía de Madrid. El problema de

la Gran Vía es un problema lacerante, un problema de mal gusto colectivo. Hasta viniendo de América, cuyas ciudades son horripilantes (más que ciudades son regiones urbanizadas, zonas industriales, etc.), esta Gran Vía asusta por su descoco y fealdad. Todavía recuerdo la angustia que me produjo cuando entré por ella a la vuelta de mi viaje a los Estados Unidos. Luego vi esos lampadarios de hierro rizado en volutas que se pusieron sobre el antiguo pretil del Paseo del Prado, en la Cibeles, y verdaderamente pasé un mal rato, porque me daba pena llegar aquí y ver esto.

Debemos todos pensar en esta ola de mal gusto y chabacanería pretenciosa que ha venido sobre España en las últimas décadas. ¿Es algo que tiene sus raíces en algunas vetas impuras del genio nacional o no? Es objeto de meditación, pero que, claro está, no podemos dilucidar en estas improvisaciones que aquí hacemos. Mientras tanto, modestamente y en la esfera que a nosotros nos cumple, debemos tratar de educar a las gentes sencillas, que al fin y al cabo se las conduce por donde se quiere. Debemos rescatar su innato sentido de la belleza, si es que lo han tenido (problema filosófico sobre la bondad del hombre natural, etc.), porque no podemos pedirles que sean ellas las dirigentes. Cuando no compren arañas de cristal de pacotilla y cómodas seudoisabelinas, y no enseñen ufanos a sus amigos y parientes de provincias la Gran Vía como el summum de este Madrid que todos queremos, habremos empezado a cancelar una época ingrata. Que otros se ocupen de mejorar el gusto en otras esferas—en el teatro, en la música, en la literatura, etc.—y que todos podamos, en una palabra, establecer un sistema de valores humanos más justo y verdadero.

La Gran Vía, de Madrid.

